

097/047/006

## EL PACIFISMO

PABLO CASTELLANO CARDALLIAGUET

Resulta más que necesario revisar la concepción del pacifismo, y en consecuencia es obligado redefinir su concepto a la luz de la nueva situación mundial y de la distinta formulación de las relaciones entre los hombres y las Naciones.

El viejo concepto de nación poderosa e influyente ha perdido su sentido, en tanto en cuanto se apoyaba en la dimensión territorial o imperial de su presencia.

El expansionismo invasor de las legiones, sometedor de pueblos y burgos, dio paso al colonialismo sobre las nuevas tierras vírgenes y salvajes, y si con cada una de estas manifestaciones el pacifismo tenía un sentido, hoy en el mundo de las compañías multinacionales, de la era nuclear, de la división en bloques y del asalto al universo no se puede hablar del pacifismo como se hiciera en los finales románticos del pasado siglo XIX.

Del inicial pacifismo individualizado del cristiano de catacumba, de origen religioso, al pacifismo renacentista de carácter hedonista y estético, hubo de pasarse a una actitud pacifista, fruto de la Ilustración, el Enciclopedismo, el materialismo filantrópico y fraternal, del pacifismo racionalista, pero todos y cada uno de ellos, en su ya parcial contemplación, habían de hacer quiebra ante la aparición en las primeras décadas del siglo XX de una nueva dimensión del conflicto, la guerra total, la catástrofe final hecatómbica.

La guerra concebida como expresión de las contradicciones de los diferentes sistemas productivos y de la lucha por la existencia sigue el curso paralelo de la historia en sus correspondientes hitos. La lucha por la tierra y sus productos, por el sometimiento y la esclavitud, factores de trabajo y producción, se desborda desde el enfrentamiento tribal a la conflagración universalizada al mismo ritmo y con la misma amplitud con que las contradicciones se expanden en cantidad y en calidad cuando ya la tierra por sí sola, los materiales preciosos, el dominio de los mares, el llamado colonialismo de bergantín, resultan insuficientes frente a las contradicciones de la revolución industrial, la revolución tecnológica, la sociedad de consumo y la oteada superrevolución de la cibernética, con sus transformadas producciones materiales en ideológicas e irreversible conflicto.

La paz como actitud moral o religiosa, la convivencia veneciana y el reparto de fuentes y mercados, el iluminado orden pacífico internacional de la vieja Sociedad de Naciones no marcha al compás de las nuevas situaciones, y se convierte en esfuerzo cuasi inútil frente a la fuerza de las cosas, pareciendo hoy más que nunca una estética, una ética, una utopía, una irrealidad.

En el mejor de los casos ha quedado reducida la paz al negativo aspecto de la distensión precaria y tensa, del acuerdo de los poderosos sobre las laceradas espaldas de los pobres, al débil e inestable control de los conflictos locales asumidos como mal menor, en suma al intento de no progresar en el peligro con olvido absoluto del desiderátum de su erradicación.

Porque la guerra, contradicción estallante y estallada de una forma de vida, de un talante, ha desbordado el marco de la geografía y de la historia, al servicio como causa y efecto de una nueva forma productiva, y en el tiempo y en el espacio ha adquirido caracteres de integralidad desde lo individual a lo cosmogónico.

La paz, el pacifismo ha de revisar por ello sus planteamientos y ha de responder correlativamente con un sistema integral conceptual o de pensamiento que no se puede limitar en el orden interior-exterior del individuo, ni en la neutralidad de la comunidad espectadora del conflicto circundante, y ha de trascender tan universalizadamente cual lo es el conflicto que trata de evitar. El pacifismo ha de ser ante todo una actitud racionalizadora de la totalidad de los comportamientos humanos, una forma de vivir-pensar, en la que no cabe el esquizoidismo o la separación de lo interior y lo exterior de lo individual y lo colectivo, de lo económico y lo político, de lo ideológico y lo pragmático.

Si alguien dijo un día que la guerra era la diplomacia desarrollada por otros

medios, la guerra es hoy de forma innegable una forma de la economía expresada en su faz más descarnada, obviamente de una determinada concepción económica, la consecuencia lógica del quehacer económico capitalista en la versión del imperialismo, y que nadie trate de encontrar en este término connotación peyorativa o sectaria alguna, entendiéndose el término en su alcance simplemente descriptivo y que abarca por igual a la forma productiva de los países llamados capitalistas como a aquellos que practican el Capitalismo de Estado, versiones ambas del imperialismo como forma de producción de la actual era histórica.

El discurso pacifista, según y en qué países, y según y por qué circunstancias, se expresa de una u otra forma, pero podíamos afirmar que hasta ahora de forma parcial e incompleta, sin que por ello sea descalificable su esfuerzo, y pone mayor o menor énfasis en una y otra forma de expresión, pero faltándole una línea vertebradora de carácter integral o globalizador.

El movimiento ecológico, defensor de la naturaleza, del aprovechamiento racional controlado, progresista y humano de sus recursos es evidentemente un importante campo de acción, más lamentablemente destinado al fracaso al no poner en tela de juicio la propia forma de producción, de la que surgen las innumerables agresiones que la naturaleza, que lo natural, sufre cada día.

Los movimientos más propiamente llamados pacifistas, por el desarme, la desnuclearización, son a su vez intentos estimables de racionalización del comportamiento humano, pero tienden también a la frustración, al no plantearse propiamente las causas y quedarse sólo en los efectos, al no acometer en análisis sereno a donde conduce la forma de producción de propiedad privada, la lucha por los mercados, y la necesariamente criticable ecuación producción-consumo, en lugar de la razonablemente exigible necesidad-producción.

Los movimientos filantrópico-acráticos, vueltos sobre los comportamientos interiorizados, es indudable que también contemplan una de las parcelas de la obligada desalineación del pensamiento y de la conducta humana, pero fallan asimismo en la ignorancia del poder de las estructuras tanto económicas como políticas, generadoras de una psíquica actitud de agresores-agredidos que dicotimiza y disocia no sólo a las comunidades sino a los propios individuos.

El reduccionismo que aqueja al pacifismo, razón por la cual aún no se puede hablar de un sistema completo de pensamiento, ha afectado también a la interpretación fraccionaria que del marxismo se ha puesto en vigor, quizá como reflejo del reduccionismo que el propio pensamiento marxista está sufriendo. La reducción de la lucha de clases al economicismo, con olvido de la teoría de la desalineación tenía que producir obligadamente la consecuencia de una interpretación pacifista exclusivamente concretada en las relaciones internacionales, frente al otro bloque, y cargada de sometimiento, represión y dominio en las esferas de la libertad individual y en el ámbito de los países hegemónizados.

Definido el pacifismo como la lucha por la paz, y entendido éste con mayor amplitud que la simple ausencia de guerra, con un alcance mayor que el negativo antimilitarismo, trasciende a todas y cada una de las esferas del pensamiento y de la actitud humana, al mundo de las relaciones personales, comunitarias e internacionales, a la esfera de la producción-necesidad-realización digna y humana, y lleva inexorablemente a comportamientos políticos y a formas de expresión de la organización de la sociedad, su demografía, en suma, y aunque la frase no esté de moda, a una nueva categoría de valores interrelacionados y armónicos en los que la problemática del conflicto humano no acarree fatídicamente la dialéctica de la agresividad, la violencia y la barbarie, y encuentre formas civilizadas de superación.

Pero el pacifismo, aquí y ahora, puede convertirse en mera retórica si por huir del reduccionismo, a la larga insatisfactorio, cae en un maximalismo que por ignorar la realidad resulta inviable, dado que mal se puede ser pacifista si el resto no

comparte estos criterios y no se comporta como tal, porque dos sí riñen en cuanto quiera uno de ellos.

Es precisamente en la marcha pacifista, en la revolución de la paz donde ha de procederse con la mayor carga de realismo reformista. Pero claro es que coherentemente con lo expuesto ese reformismo ha de ser también integral y no fragmentario u ocasional.

El reformismo, articulado a niveles nacionales e internacionales, tiene que reconocer como primera afirmación que la actual crisis económica es una de las fundamentales consecuencias de una economía de, por y para la guerra, y que esa economía conduce además inevitablemente a la misma. Un fatídico círculo.

La economía de guerra es absolutamente inseparable de la tensión internacional, del expansionismo de cada uno de los bloques, llamado por su propio nombre, de ambos imperialismos en mutuo y recíproco acecho, satelizando respectivamente cada uno de ellos, en su muy peculiar estilo, una parte del globo, y prestos a lanzarse para engrandecimiento de su órbita de dominación sobre nuevas zonas no repartidas o asignadas en su día, o no contempladas por su, entonces, escasa importancia estratégico-bélico-económica.

La distensión entre bloques, su reconocimiento y tolerancia o convivencia mutua, el abandono de toda política intervencionista, y el importante salto de la colaboración, por difícil que ésta sea, pueden crear un clima de rentabilidad de esfuerzos y de progresiva desarmamentización, a fin de dedicar ingentes recursos a una política de ayuda a áreas conflictivas que convierta los focos en tensión, en áreas de experimentación cooperadora.

Solicitar el desarme unilateral resulta ingenuo, a la vista de los instalados en la crisis internacional, y hasta se corre el riesgo de ser tildado de irresponsable o de compañero de viaje de cada bloque por el contrario, pero solicitar el desarme multilateral y recíproco unido al concreto compromiso de inversiones conjuntas y pactadas, en programas expresos, y para fines muy determinados, es una importante prueba de toque para constatar la sinceridad, dudosa siempre, de ambos imperialismos.

Este papel es precisamente el que corresponde a la Europa Comunitaria, no como tercera fuerza, que evidentemente no lo es, sino como tercera actitud que tiene que serlo, por haber probado en su propia historia la sustitución del antagonismo por el trabajo conjunto, y haber recibido los beneficios morales y materiales de su cooperación al desarrollo de los países del tercer mundo o de la descolonización.

El anhelo de dedicación de ciertos porcentajes progresivos de los presupuestos militares a programas conjuntos, con la consiguiente posterior adscripción de áreas de cooperación conjuntada o coordinada, no sólo no produce distorsión o agresividad de unos frente a otros sino que se ha demostrado beneficioso para todos los así actuantes, y máxime en aquellas tareas en las que el esfuerzo individualizado o solitario es insuficiente, para alcanzar resultados científicos y técnicos.

La batalla del pacifismo es también una batalla de prestigio para las naciones civilizadas, de la mano de la cual el quehacer diplomático e internacional está mucho más facilitado, y este crédito moral es asimismo cotizabile en el mundo de las relaciones internacionales políticas y comerciales.

Cuando las fuerzas políticas europeas, como consecuencia del desarrollo comunitario, han traspasado el ámbito de actuación de sus estrechas fronteras nacionales, y se enmarcan en Parlamentos macroestatales, con evidente vocación de unidad y de conjunción, cobran la fuerza suficiente y bastante para ante ambos imperialismos vencer la tendencia de la confrontación a que son arrastrados, con el costo de su propia crisis, en beneficio de una política que les amenaza más cada día con ser el próximo escenario bélico, y les coloca cada día más en mayor difi-

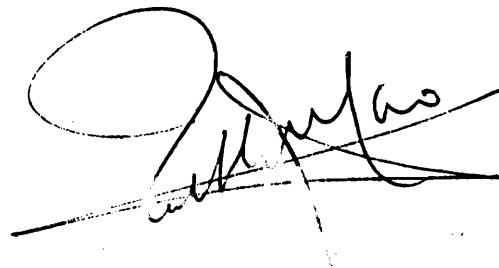
cultad de comparecencia ante el resto de las naciones menos o nada comprometidas en la política de la amenaza nuclear.

Si con mayor o menor eficacia, pero cada día más difícil de ignorar su actitud y su presión, desde el marco de las Naciones Unidas se puede condicionar la política de intercambios comerciales, de ayudas al desarrollo, de reconocimiento diplomático de ciertas naciones al trato y al respeto de los derechos humanos, el supremo derecho humano a la paz, en su integral concepción, puede ser también defendido en el marco de las relaciones internacionales con una actitud de firmeza y de no complicidad ni tolerancia con quienes ponen la paz en peligro, en beneficio de intereses bien materiales a los que sacrificar no sólo vidas humanas aisladas sino la propia y total vida del planeta.

El discurso pacifista, en suma, sin merma de su integralidad, de su desarrollo, sin caer en reduccionismo alguno, y sin que su maximalización lo haga inoperante, es por encima de todo una oposición serena y total a la economía de guerra, y dentro de ella a la satelización económica de los que de la economía de guerra han hecho el fundamento de su economía.

De la mera e inactiva neutralidad, no despreciable evidentemente comparada con la colaboración en la tensión y el agudizamiento de la política de bloques, se ha de pasar, en los marcos regionales e internacionales, a una política activa de impulso a la colaboración con cargo a los presupuestos de papeles acorde en el desarrollo de nuevas áreas compensadas, y esta actitud reformista y modulada, de avance en el camino de la paz de desactivación paulatina de los focos de peligro, es absolutamente incompatible con ninguna clase de colaboracionismo en la dialéctica de la confrontación, en el situamiento beligerante, o en la pérdida de la soberanía y libertad del Estado para tener la autoridad suficiente y bastante que permita comparecer en el arco de las naciones con una actitud coherente y honesta, y no al servicio de ninguna de las dos políticas en cuestión, a fin de ofrecer crediblemente otras alternativas que no sean la destrucción y la barbarie.

El pacifismo no puede quedarse, a la vista de la situación, en mera lucha por el desarme, la desnuclearización, la reducción de armamento o su control, debe desde los focos o ágoras de todo tipo impulsar una política de colaboración sin restricciones ni fronteras, en todos los campos de la actividad humana, saliendo de la falsa dialéctica amigo-enemigo, pero muchos más en aquellos campos que mejor preparan al ser humano un mejor desarrollo de las condiciones de vida de los países y de las zonas menos favorecidas, con lo que ir construyendo un nuevo modelo de relaciones internacionales basado en el respeto, la tolerancia, la colaboración, la solución de los conflictos por vía negociada, en suma una progresiva y dinámica conducta de paz, pues la paz no es una meta, sino un proceso permanente y total.

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'Antonio', written over a horizontal line.